

ESTRATEGIAS DE LA FICCIÓN
FRENTE A LA HISTORIA: *MALUCO. LA
NOVELA DE LOS DESCUBRIDORES,*
DE NAPOLEÓN BACCINO PONCE DE LEÓN

MIGUEL ÁNGEL LAMA
Universidad de Extremadura

¿Se imaginan a un tipo que escribe al Emperador Carlos V de esta manera?

Paréntesis, Alteza. Para recordarte que quien escribe estas páginas no es Dios, ni la musa fulana o mengana, ni una quimera cualquiera; sino Juanillo Ponce, de carne y hueso como cualquier hijo de vecino. Por lo tanto, si el discurso tiene continuidad y os da la sensación de que lo he plumeado de una sentada y sin parar para comer una tortilla o dar una meada a las plantas del huerto, te equivocas. Que es mentira. Puro artificio. Trucos que uno aprende para ocultar sus vergüenzas, disimular sus afanes, disfrazar sus miserias.

Pero ya comienzo a estar harto de tanta simulación. Ganas me dan de decirlos que hoy me duelen las tripas, y que desde hace meses está mala la Filomena que es la luz de mis ojos, y que por las noches siento yo también el minucioso avance de la muerte en las caries dentales (como decía un ciego de una aldea vecina a la mía). Y que también lo de la Filomena es falso y la pobre una grotesca máscara detrás de la que escondo, con amoroso pudor, a la que realmente quiero y a la que dedico esta memoria que no tiene dedicatoria sino en el preciso punto en el que estamos, y dice: «*Para R., que lo es todo para mí.*»

Ganas me dan, aunque eso no te importe, o tal vez te irrite. Aunque estropee mi discurso, o afee mi crónica. O pienses de mí: es

un necio. Y eches al fuego mis papeles y entretengas tus futuros ocios con la lectura de los cronistas reales.

Yo no me parezco a ellos. No quiero. Ellos, ocultando prolijamente sus propias desdichas para que gocéis del espectáculo con la conciencia en paz. Mentirosos, farsantes, cobardes que me duelen, eso son los Pedro Mártir de Anglería, y también los poetas y otros que inventan fábulas fingiéndose transparentes como el aire y sabihondos como Dios Padre, para agradaros.

Por culpa de ellos pensáis vosotros que no hay nadie bajo estas máscaras. Y nada os dice la falsa opulencia de los trajes. Ni la mueca que tomáis por risa. Ni el pandero y las cabriolas que interpretáis como alegría.

Pues jodeos, todos vosotros. Porque si vosotros recurrís a nuestro arte cuando os place, cuando tenéis un rato libre, para llenar un momento de ocio, y el resto del tiempo trabajáis, coméis, cagáis, amáis, tenéis hijos, sufrís, puteáis, y morís cuando podéis; pues ¿qué suponéis que nos ha ocurrido entre la página 35 y la 63? Vosotros que leéis para gozaros y para conciliar el sueño y, cuando el sueño llega, dejáis la crónica en la página tal; cuando don Hernando está a punto de... ¿Qué sabéis vosotros de la historia real de esa página? ¿Cómo sabéis si cuando don Hernando estaba por, el cronista no tuvo que interrumpir porque le han avisado que su madre ha muerto o porque está tiritando de frío y mañana muy temprano tendrá que salir a ganarse el pan que vosotros no le dais? Por eso, Alteza, muchas veces, como ahora, me da rabia la continuidad, sea a costa de esconder mis llagas, de desaparecer tras la máscara de las palabras, tras los rostros de los personajes, tras las penas inventadas de esos seres fantasmales que se mueven por las páginas que tanto te deleitan o afligen. Por eso, Alteza, a veces me dan unas ganas locas de interrumpir mi discurso como ahora y dejar que se vuelva tan accidentado como la vida misma (206-207)¹.

1 Entre paréntesis se indican las páginas por la edición de Baccino Ponce de León (1992).

En efecto, tienen que imaginárselo. Imaginar que alguien se dirige así a Carlos V. Tenemos que imaginarlo en el pacto ficcional que nos conducirá a sacar muchas conclusiones, y todas buenas si atendemos solo al personal disfrute estético de la lectura. Un placer que nos hará decir convencidos que el tal Juanillo Ponce que escribe esas líneas no existió; y, es más, que, por consiguiente, en estos términos estrictos, su Alteza Carlos V no es más que un personaje de ficción, con la única entidad textual que le dan estas líneas.

Si hay algo que no es *Maluco* es una novela histórica; y creo que ha podido entrecerarse en ese fragmento que he transcrito. Y si hay aquí algún *descubridor* soy yo, de esta obra que me parece más que digna como ejemplo de recreación artística de un hecho histórico tan relevante como para ser el objeto de este volumen, y que, sin ser una novela histórica, la lectura que hace de esa historia, de ese hecho colosal como es la expedición de Magallanes de agosto de 1519 a septiembre de 1522, es más que sugerente.

Pero tiene gracia que yo le baile el agua a un escritor uruguayo ponderando su novela cuando él –como buen bufón– lo que vino a hacer hace ya treinta años es mofarse literariamente de la historia para armar la suya. Por eso, desde el principio, pido disculpas por no aportar mucho al análisis del contexto del viaje de circunnavegación de Magallanes-Elcano que es lo que nos ocupa en estas páginas.

Mi propuesta no va más allá que compartir una lectura de un texto. Ojalá pueda incitar a leer esta obra a aquellos que verdaderamente saben de las circunstancias de aquella hazaña y que puedan decir si el autor de esta novela, Napoleón Baccino Ponce de León, fue o no fue fiel a sus fuentes. Y ya digo yo que le trajo sin cuidado. A mí no, sin embargo –a él tampoco, en serio–, me deja de interesar todo el análisis histórico de aquellos hechos y que aquí se aborda; porque es fundamental para extender la base sobre la que se asienta un relato extraordinario de la literatura hispanoamericana de la última década del siglo XX.

En cualquier caso, reputados críticos de la literatura hispanoamericana o de la llamada «nueva novela histórica latinoamericana» han tratado este texto desde ese punto de vista, como nueva novela histórica. Así se puede ver en la introducción de Malva E. Filer (2006) de una de las numerosas ediciones de la novela o en el capítulo dedicado a la obra del libro de Magdalena Perkowska (2008). O así, en un trabajo de María Antonia Zandanel (2002), en el que destacaba la importancia del libro de Seymour Menton (1993) *La Nueva Novela Histórica de la América Latina, 1979-1992*, al tiempo que decía que una denominación así, la de Nueva Novela Histórica, no es de las más felices, pero que ya se instaló en los círculos académicos y llenó un lugar de importancia para designar un nuevo fenómeno que se ha consolidado en el ámbito de los estudios sobre la literatura de América Latina. La autora de ese artículo incluye la novela que nos ocupa entre esas obras que «formalizan un desenfadado cuestionamiento de los discursos históricos oficiales regidos por la intención de parodiar los hechos textualizados y con ello poner en tela de juicio la veracidad de los discursos historiográficos anteriores, los cuales referían a determinados períodos de la Historia, empujados por motivaciones de signos diversos» (Zandanel, 2002: 150).

Creo que, en efecto, estamos ante un «desenfadado cuestionamiento» y ante una intención paródica; e, insisto, no creo que esta obra forme parte de esa supuesta tendencia de una nueva novela histórica de la América Latina; y sí que es un brillante artefacto literario sobre un motivo principal que es el arte de narrar formalizado a partir del marco del viaje de circunnavegación de Magallanes-Elcano.

No puedo desarrollar en estas páginas muchos aspectos de interés de esta obra; por ahora, solo diré que los anacronismos voluntarios de esta novela invalidan su consideración como novela histórica y la alejan de ese género convencional, como lo hace la supuesta motivación del relato como impugnación de otros relatos previos.

Maluco. La novela de los descubridores se publicó por primera vez en La Habana, en 1989, como Premio Casa de las Américas. Luego, la editorial española Seix Barral la publicó en 1990 y la reeditó en 1992, que es la edición que manejo. Fue traducida al inglés, francés, alemán, danés, noruego, turco, portugués... entre otras lenguas. Su autor, Napoleón Baccino Ponce de León (Montevideo, 1947), es un profesor de Literatura especializado en Filología Moderna y con una producción literaria no extensa. Su obra ensayística, principalmente sobre un autor especialmente significativo como Horacio Quiroga, es conocida; y su obra narrativa se amplía con pocos títulos, como, en 1994, la novela *Un amor en Bangkok* y un conjunto de relatos, *El arte de perder* (1998), y algunos textos más, de carácter casi autobiográfico.

Maluco es una novela muy inteligente. Esto no se dice en la cubierta de las ediciones que se han publicado. No se dice nada de lo que realmente es. Simplemente, que se trata del «relato del viaje de Magallanes contado por el bufón de la flota, uno de los diecinueve sobrevivientes, en una carta que le dirige al rey muchos años después con el propósito de que se le restituya una pensión de la que ha sido privado por dar una versión de los hechos distinta a la oficial» (Baccino Ponce de León, 1992: cuarta de cubierta). Pero no; no es el relato del viaje de Magallanes porque todo es ficción; pero sí es un texto que se acoge a ese género o fórmula sobre el que en estas mismas páginas escribe el profesor César Chaparro, el relato de viaje². No lo cuenta un bufón de la flota, que no había, probablemente, sino una invención del autor como vehículo de la narración. De hecho, en las contribuciones de este volumen y en los textos históricos se lee que fueron dieciocho los marineros que volvieron. No es una carta sino una novela, pues una

2 Es muy aprovechable lo señalado sobre el relato de viajes por César Chaparro y sus elementos invariantes: el itinerario, la cronología, las descripciones y las digresiones. Todos están en la novela *Maluco*, casi quinientos años después, con otros propósitos.

carta no tiene el aspecto de lo que el lector está leyendo. Y el propósito no es que restituya el Emperador una pensión; el propósito es contar algo de una manera especial al lector. Lo único real de lo que dice ese texto de la cuarta de cubierta es que ha dado una versión de los hechos distinta a la oficial. Claro que sí. Eso sí. Y tan *distinta*.

Lo que propone *Maluco* es un armónico concierto de niveles textuales bajo la apariencia de la solicitud que un individuo de un pueblo leonés, Bustillo del Páramo, que se había embarcado en la flota de Magallanes-Elcano, dirige al Emperador retirado en Yuste. Estamos, pues, ante un primer bloque textual, casi el cuerpo todo de la novela, escrito en primera persona con trazas del relato de un pícaro. Los guiños al género de la novela picaresca son evidentes. Así comienza la novela:

En el año de la Encarnación de Nuestro Señor Jesucristo de 1519, yo, Juanillo Ponce, natural de Bustillo del Páramo, en el reino de León, me vine con mi señor, el conde don Juan, a su señorío de Monturque, vecino de Córdoba, la infiel. Y como quiso la suerte que aquel gran señor, el más generoso y amable de los amos, a quien Dios tenga en el Purgatorio, que la lujuria es un pecado menor, muriese a las pocas semanas en los brazos de Eros, por así decirlo, que tan esforzado era en la guerra como en el amor, y no menos animoso pese a sus años; determiné venirme a Sevilla a ejercer mi oficio de truhán y tener ocasión de probar suerte en las Nuevas Indias descubiertas, ha poco, por el Almirante. Y estando en esta ciudad de los reinos de Vuestra Merced, divirtiendo con mis artes a la chusma marinera por un mendrugo, supe que se preparaba una expedición al Maluco, y decidí probar suerte en ella (7).

La mera actualización de un género clásico como la novela picaresca sitúa la acción literaria, la narración como fin, en primera línea, y un referente como el *Lazarillo* se impone poderosamente. Por razones

diversas, que pueden ir desde la imitación estilística pasando por el componente paródico o el humor, pero creo que de manera muy notoria por el eje comunicativo de un relato que va desde ese «yo» a «Vuestra Majestad», desde un lugar, Bustillo, a otro, Yuste, en un tiempo presente narrativo que es 1558. Este eje es el que claramente pone en relación a *Maluco* con el *Lazarillo* como el relato de un caso a un innominado «Vuestra Merced».

Esto es *Maluco* como relato. El recorrido de la narración de un destinador —«en la vejez» (8)— a un destinatario que es Carlos V, que es interpelado permanentemente a lo largo de todo el texto, de manera que no se pierda nunca ese supuesto e interesado motivo de la escritura ni se pierda de vista la existencia de un receptor directo, la figura esencial del lector o público, a quien está dedicada «esta noble profesión de nos, que es la de hacer reír olvidando nuestros propios dolores para mitigar las penas ajenas» (8-9), que es toda una declaración al principio del cuento.

El cuerpo de la novela está conformado por nueve partes, sin más indicación que el número en romanos (I-IX). En cada una de las partes hay divisiones, que se marcan con asteriscos, o, simplemente, con un interlineado doble; niveles textuales que obedecen a cambios en el punto de vista, a la organización del contenido o a algún excursus...; es decir, que hay una evidente voluntad constructiva de alguien que se hace notar como dueño de su relato o «crónica» —«esta crónica» (42), escribe. Es tal esta intención que a veces se confirma con alguna humorada o desenfado formal que provoca la sorpresa en el lector. Por ejemplo, en el capítulo VI, cuando el narrador-personaje ha narrado un episodio de enfrentamiento con su amo Hernando de Magallanes y ha reproducido un diálogo, concluye apelando a Carlos V, como si le estuviese escuchando, con el que cierra esa secuencia en la que es clara la condición del Emperador

como *narratario*. Transcribo el diálogo precedente y el final de esa parte en el que se utiliza esa marca formal de los asteriscos o estrellas:

Yo me tomo la cabeza con las manos y ciego por el dolor le grito todavía:

—¡Déjanos en paz! ¡Eres un loco!

—Creí que deseabas ser conde del Maluco —dice él, perdiéndose en la maraña de cabos y vigas del refugio de Serrano.

—¡El Maluco no existe! ¡Y vuestra vida es una mierda! —le grité yo; pero él ya no estaba, Alteza.

Y ahora, por piedad, déjame respirar. Pongo tres estrellitas al pie, las Tres Marías (María Isabel, la emperatriz, María Filomena, mi barragana; y otra María, la que Vos queráis), y hacemos una pausa.

¿Qué aún no contesto cómo llegamos a ese punto del mar del Sur, con sol y sin viento? Tienes razón, como siempre; luego te lo diré. Y por las dudas, no olvides repetirme la pregunta luego de las estrellitas.

* * *

(175-176)

En el siguiente cuadro, se presenta la composición de cada una de las nueve divisiones más el Apéndice (A), en el que se inserta un ficción memorial firmado por Juan Ginés de Sepúlveda y fechado el 21 de septiembre de 1558, es decir, el día de la muerte del Emperador. Cada una de las secciones internas de esas partes están numeradas como secuencias, y en los casos en que esas secuencias tengan a su vez una subdivisión —marcada en el texto, como se ha dicho, por un doble espacio de párrafo— se ha indicado el número de ellas entre paréntesis. En algunos momentos, como en VI.2 o VIII.4, esta segmentación textual es abundante, con nueve o siete cortes.

| | | |
|------|---|-------------------|
| I | [1] 2 (2), 3 (2), 4 (2) y 5 | Cinco secuencias |
| II | 1, 2, 3 (3), 4, 5, 6 (2), 7 y 8 | Ocho secuencias |
| III | 1, 2 (2), 3, 4 (2), 5, 6 (2), 7 (3) y 8 (2) | Ocho secuencias |
| IV | 1 (4), 2, 3 (2), 4, 5 (6), 6, y 7 | Siete secuencias |
| V | 1 (3), 2 (2), 3, 4, 5, 6, 7, y 8 | Ocho secuencias |
| VI | 1 (3), 2 (9), 3, y 4 | Cuatro secuencias |
| VII | 1, 2, 3 (2), 4, y 5 | Cinco secuencias |
| VIII | 1, 2, 3, 4 (7) 5 y 6 | Seis secuencias |
| IX | 1, 2 (2), 3, 4 (4), 5, 6, 7 (4) y [8] | Ocho secuencias |
| A | Memorial de Juan Ginés Sepúlveda | Una secuencia |

La estructura de la novela es, así, si no compleja, sí muy elaborada. Y hay, además, dos excepciones en la composición de los capítulos a partir de secuencias separadas por esas dos marcas de los asteriscos y del espacio en blanco, y que en el cuadro anterior han quedado señaladas entre corchetes. Y ambas excepciones se sitúan en *lugares estratégicos*, al principio y al final del relato del personaje-protagonista –en la primera secuencia de I y en la última de IX–, con la clara función de apertura y cierre destacados, ya que son los dos únicos momentos en los que se altera la separación de las secuencias con los asteriscos y el interlineado, y lo que se produce tras esa marca es un salto de página que aísla ambos trozos, uno con la función de *pórtico* y otro con la de *cierre*.

Si antes transcribí cómo se presentaba nuestro personaje, ahora lo haré con algún fragmento del final, de esa última secuencia que empieza:

Y bien, don Carlos, ahora pondera todo lo que te he contado, que no ha sido más que la verdad, y dime si hay o puede haber en el mundo un truhán, un albardán, un chocarrero, un morrión, un bobo, un burlón, un tragón, un loco, un cazurro, un enano, o, como dicen los franceses: un bufón, que haya prestado más grandes servicios a tu reino que Juanillo Ponce, *conde del Maluco*.

[...]

Y, sin embargo, ¿qué he recibido yo en recompensa? No tengo tierras ni títulos, a excepción del que me confirió mi amo y al que por nada renuncio, ni he conservado regios trajes, ni vajillas de plata, ni nada; si ni siquiera figura mi nombre en las crónicas y se me ha borrado de la lista de sobrevivientes de aquella expedición al Maluco por la que tanto hice, que en las navegaciones como en los hechos de armas, unos ponen el ánimo y otros la espada; y para colmo de males, tu hijo Felipe me ha quitado la pensión que Vos acordasteis por mi participación en aquella grande empresa.

Pues bien, don Carlos, te diré lo que haremos. Tú vas a llamar a Sepúlveda. Le hablarás de esta crónica mía y le dirás que averigüe cuánto hay de verdad en lo que os he narrado y dicho. Y si Sepúlveda te dice que no miento, vas a escribirle a Felipe, diciéndole que me restituya la pensión.

Entonces, cuando yo la reciba, iré a verte a Yuste y de allí nos iremos tú y yo, a recorrer mundo juntos. A cualquier parte. Con un morral al hombro y adonde nos lleven nuestros cansados pies. Y una venta aquí, un camino allá, una aldea y un pinar, un mesón con cocidos y buen vino. Verás cómo lo pasaremos a lo grande.

Solo que debes darte prisa. Mira que estamos ambos llenos de achaques y, pronto, ni el bastón podrá sostenernos en pie por esos caminos de Dios que vamos a recorrer.

Mira que nos verán con desdén, y los niños se reirán de nosotros, y todos comentarán:

—Ahí van esos dos. Uno se cree conde y el otro emperador. ¡Vaya facha tienen Sus Majestades!

Pero a nosotros no nos importará, desde que vamos a descubrir mundo juntos (305-306).

Aquí termina la autobiografía ficticia de un personaje inventado dirigida a un personaje *histórico*, y subrayo lo de *histórico*. No estamos, pues, ante un relato convencional. Y no lo estamos, además, porque el

autor se reserva otro ardid dedicado a aquellos que creen que estamos ante una novela histórica y que se sitúa en el mencionado «Apéndice». Al relato en primera persona de Juanillo Ponce como narrador autodiegético *alter ego* de un autor real que lleva su mismo apellido –Ponce–, se suma un cierre que no por su condición de *apéndice* tiene menor importancia que el resto de las partes de este artefacto literario. Como en los mejores relatos históricos que se precien, al texto, llamemos principal o más extenso de esta obra, se añade un «documento» de época que firma un personaje histórico. Nada más ni nada menos que Juan Ginés de Sepúlveda (1490-1573), el humanista, traductor e historiador que fuera cronista de Carlos V y preceptor de Felipe II. Este *documento* es un memorial ajustado que envía Sepúlveda a su Alteza Real Carlos V en respuesta a un requerimiento personal del monarca recibido un mes antes sobre la opinión de Sepúlveda «acerca de varios asuntos relacionados con la primera expedición al Maluco o islas de la Especiería» (309).

Hasta aquí todo normal. Una novela histórica que se cierra con un documento histórico, algo tan verosímil como la respuesta de un consejero a requerimiento de un rey sobre un hecho trascendental. El documento tiene una extensión de ocho páginas que, tras el encabezamiento, incluyen hasta veintiún ítems con detallada y confirmativa información sobre la expedición de Magallanes-Elcano. Así, por ejemplo:

1. Que efectivamente mandó y financió Su Alteza una expedición al Maluco que partió de Sevilla el 10 de agosto de 1519 y regresó al mismo puerto el 8 de septiembre de 1522.
2. Que dicha expedición tenía por objeto demostrar que el citado Maluco caía en la demarcación de España conforme al acuerdo hecho en Tordecillas.
3. Que dicha expedición fue confiada a un tal Hernando de Magallanes, natural de Oporto.

4. Que dicho Magallanes afirmaba poder alcanzar al Maluco navegando hacia el oeste pues conocía, según él, la existencia de un paso o estrecho al sur de las Indias que le permitiría llegar y regresar sin violar los tratados de demarcación suscritos años ha entre los reinos de España y Portugal.
5. Que a esos efectos le confió Su Alteza una flota compuesta por cinco navíos y a bordo de la cual viajaban doscientos treinta y siete hombres (309).

Y así, Sepúlveda va desgranando hechos y circunstancias relativos a la expedición, va citando fuentes históricas como la *Historia natural y moral de las Indias* que en ese tiempo escribía fray José de Acosta, como las *Décadas* de Antonio de Herrera, la *Historia de las Indias* de Gonzalo Fernández de Oviedo, la *Historia Pontifical* de Gonzalo de Illescas, etc., y enumera diversos documentos como cartas, reales cédulas, piezas de autos de un pleito, documentos testamentales..., todos posteriores al regreso en septiembre de 1522 de los menesterosos restos de aquella expedición fabulosa. Todo, o casi todo, verificable desde un punto de vista histórico.

Pero la lectura atenta y desconfiada de estas páginas finales de *Maluco* nos depara dos, por así llamarlas, «sorpresas». En primer lugar, que en la supuesta relación hecha por Juan Ginés de Sepúlveda se plagian trozos enteros del tomo IV dedicado a las *Expediciones al Maluco. Viage de Magallanes y de Elcano* de la *Colección de los viages y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV*, del marino e historiador Martín Fernández de Navarrete (1837). Así que la insolencia de Napoleón Baccino Ponce de León, autor real de esta novela, es mayúscula; pero sospecho que tiene la función de desmarcarse de los caracteres convencionales de una novela histórica, tomando de otro *magín* lo que necesita, y así reivindicar su narración y su condición de inventor de historias.

La segunda sorpresa nos la da este inventor de historias cuando se le ocurre hacer escribir a Juan Ginés de Sepúlveda en el punto 16) de su informe lo siguiente:

Que ni el puntual cronista Gonzalo Fernández de Oviedo, quien tuvo ocasión de reunirse con los sobrevivientes de la citada expedición, ni Juan Bautista Ramusio que escribió sobre ello, ni ninguno de los historiógrafos que trataron el asunto, mencionan la presencia en las naves de bufón alguno. Y que tampoco aparece mencionado en la lista oficial de los citados diez y ocho sobrevivientes (315).

Y en el punto 17):

Que no se menciona en ésta a ningún Juanillo Ponce, a quien tampoco refieren los citados cronistas (315).

Se comprenderá por qué dije al principio de estas páginas que Carlos V, por obra y gracia de la literatura, se convierte en un personaje de ficción con tan solo entidad textual –imperial, si queremos; pero textual. Y por qué esta obra supera las limitaciones que la etiqueta de género de novela histórica que se utiliza con ligereza, aplicada a un relato con trazas de *broma histórica* hasta en la fecha de la firma del memorial de Juan Ginés de Sepúlveda el mismo día de la muerte del Emperador y sus cinco líneas finales– salvas la data y la firma:

En cualquier caso debo admitir, Majestad, que el autor, quienquiera que sea, ha pasado grandes trabajos para escribir su crónica y, si se me permite una opinión personal, grande placer me ha causado con ella y bien merece la pensión que solicita (316).

Se ha analizado muy bien (Filer 1994; Zandanel 2002) el componente paródico del relato y la impugnación del discurso oficial que

propone *Maluco*; y las dos intenciones se asientan en una conciencia autorreferencial y metanarrativa que alude constantemente al hecho en sí de la escritura y a la figura del narrador, ambos evaluados por el dictamen final de un lector, Sepúlveda, a quien el texto le ha causado «grande placer» y que considera que hay que premiar y compensar —«bien merece la pensión que solicita»— al autor-narrador-nuevo cronista responsable del deleite que depara una historia bien escrita. En cierto modo, el escritor uruguayo, ante la *imposibilidad* de dar voz a Carlos V, ha desplazado la resolución del Emperador en la persona del consejero, el segundo lector *in extremis* de un relato que reivindica su verdad literaria frente a una supuesta verdad histórica. Arte de la palabra, literatura y ficción frente a crónica y testimonio, un personaje inventado y humilde al lado de un protagonista de la Historia en mayúscula. El agua estancada de «ese pozo oscuro y sin fondo al que arrojamos las ofensas recibidas y los errores cometidos, para seguir viviendo» (209-208) frente al mar abierto de las grandes hazañas y descubrimientos. *Maluco* es una inteligente desmitificación de un discurso histórico imponente que se utiliza como lienzo sobre el que expresar, en general, la fuerza de la literatura; y, en concreto, la maravilla de narrar historias.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ACOSTA, José de. (1590). *Historia natural y moral de las Indias*. Sevilla, Juan de León.
- BACCINO PONCE DE LEÓN, Napoleón. (1989). *Maluco. La novela de los descubridores*. La Habana, Casa de las Américas, 1ª ed.
- BACCINO PONCE DE LEÓN, Napoleón. (1990). *Maluco. La novela de los descubridores*. Barcelona, Seix Barral, 1ª ed en España.

- BACCINO PONCE DE LEÓN, Napoleón. (1992). *Maluco. La novela de los descubridores*. Barcelona, Seix Barral, 2ª ed.
- BACCINO PONCE DE LEÓN, Napoleón. (1994). *Un amor en Bangkok*. Montevideo, BP Editores.
- BACCINO PONCE DE LEÓN, Napoleón. (1995). *El arte de perder*. Montevideo, BP Editores.
- CORDONES-COOK, Juanamaría. (1993). Contexto y proceso creador de *Maluco. La novela de los conquistadores* [sic]. *Chasqui*, vol. 20, núm. 2 (noviembre 1993), págs. 103-108.
- FERNÁNDEZ DE NAVARRETE, Martín. (1837). *Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV*. Madrid, Imprenta Nacional, 1837, tomo IV.
- FERNÁNDEZ DE OVIEDO Y VALDÉS, Gonzalo. (1959). Historia general y natural de las Indias. En *Obras escogidas*, ed. de Juan Pérez de Tudela. Madrid, Biblioteca de Autores Españoles, t. II.
- FILER, Malva E. (1994). *Maluco*: re-escritura de los relatos de la expedición de Magallanes. En Villegas, J., ed. *Actas del XI Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, AIH, University of California, t. IV. 293-300.
- FILER, Malva E. (2006). «Introducción» a N. Baccino Ponce de León, *Maluco. La novela de los descubridores*. StockCero, VII-XXVII.
- GRANDA, Armando. (2001). Historia y postcolonialidad en *Maluco* de Napoleón Baccino. *Cuadernos de Literatura*, 7 (13-14), 151-159.
- MENTON, Seymor. (1993). *La Nueva Novela Histórica de la América Latina, 1979-1992*. México, Fondo de Cultura Económica.
- MÁRTIR DE ANGLERÍA, Pedro. (1530). *De Orbe Novo*. Alcalá de Henares, Miguel de Eguía.
- MÁRTIR DE ANGLERÍA, Pedro. (1965). *Décadas del Nuevo Mundo*. México, José Porrúa e Hijos.
- MORENO TURNER, Fernando. (1999). Parodia, Metahistoria y Metaliteratura: en torno a *Maluco*, de Napoleón Baccino Ponce de León. *Revista Hispamérica*, vol. 28, núm. 82, 3-20.

- ORTEGA GONZÁLEZ-RUBIO, Mercedes. (2003). *Maluco, la novela de los descubridores*, de Napoleón Baccino Ponce de León, o la nueva novela histórica. *Especulo. Revista de estudios literarios*, <http://www.ucm.es/info/especulo/numero25/maluco.html>.
- PERKOWSKA, Magdalena. (2008). La historia como bufonada: reescritura paródica del discurso del descubrimiento en *Maluco. La novela de los descubridores*, de Napoleón Baccino Ponce de León. En Perkowska. M., *Historias híbridas. La nueva novela histórica latinoamericana (1985-2000) ante las teorías posmodernas de la historia*, Madrid y Frankfurt am Main, Iberoamericana-Vervuert, 147-182.
- PIGAFFETA, Antonio de. (1985). *Relación del primer viaje alrededor del mundo, 1524. Primer viaje alrededor del mundo*, ed. Leoncio Cabrero Fernández. Madrid, Historia 16.
- ROJAS RODRÍGUEZ, María Eugenia. (2012). El rebajamiento de lo alto y bajo en El [sic] Maluco la novela de los conquistadores [sic] de Napoleón Baccino Ponce de León. *Estudios*, 25, 232-255.
- VICH, Cinthya. (1997). El diálogo intertextual en *Maluco*. *Revista Iberoamericana*, núm. 180, Vol. LXIII, 405-418.
- ZANDANEL, María Antonia. (2002). *Maluco. La novela de los descubridores*. La desacralización de la figura del cronista. En *Cuyo. Anuario de Filosofía Argentina y Americana*, núms. 18-19, 145-160.